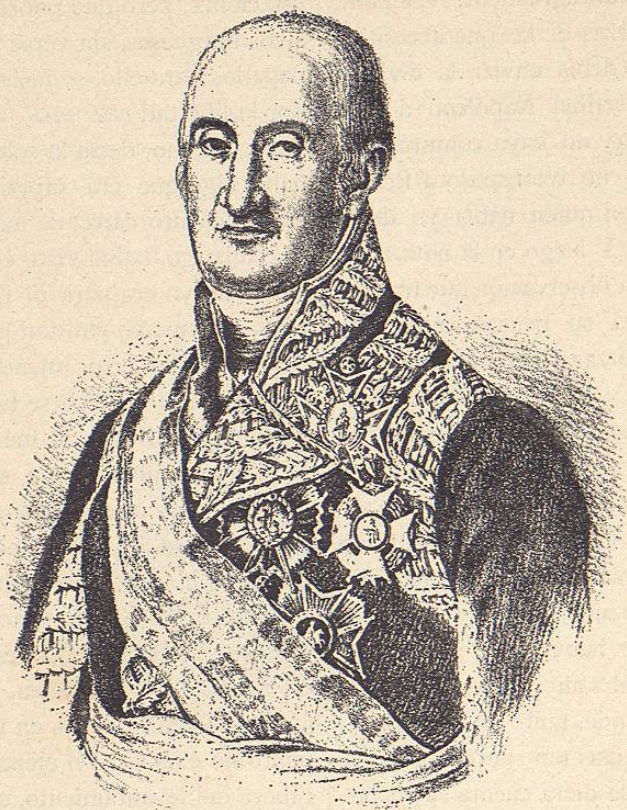


esos más sabios y prudentes. Desde su primer paso por el territorio español, se apercibió el pobre José que nadie estaba por él. Al aspecto de los pueblos abandonados, de las fisonomías coléricas que entreveía á su paso, de la frialdad con que eran acogidas sus promesas, al embarazo creciente de aquellos que habían abrazado su causa y que de ello se arrepentían, á su propio aislamiento, en fin, reconoció

el odio profundo, universal, de que era objeto la dominación francesa, al mismo tiempo que la insuficiencia de nuestro ejército para someter doce millones de hombres en insurrección: «Nadie hasta aquí ha dicho toda la verdad,» escribíale á Napoleon el 12 de Julio. «El hecho es que no hay un español que esté por mí, exceptuando el corto número de personas que han asistido á la Junta y que viajan



CASTAÑOS

connmigo. Las otras, una vez han llegado aquí, se han escondido, espantadas por la opinión unánime de sus compatriotas.» Y concluía José pidiendo «muchas tropas y dinero.»

Junto con este descubrimiento hizo José otro no menos penoso para su amor propio, y es que los generales y Savary no hacen caso alguno de su soberanía, como sino existiera, y aún cuando por la forma le rinden homenaje, de hecho no hacen mas que obedecer al emperador. Así reclama vivamente ante su hermano sobre este estado de cosas, pretende con razón tener la realidad del poder, ya que tiene sus responsabilidades. Esta vez, por excepción, Napoleon descontento de Savary que ha prescindido de sus instrucciones enviando refuerzos á Dupont, hace como que desautoriza á su lugarteniente. Habla de

Savary con el más perfecto menosprecio, censurando su *incapacidad*, le llama un *hombre de ejecución*, bueno para las operaciones secundarias, pero que no tiene bastante experiencia, ni bastante cálculo para dirigir una máquina tan grande. Pero esta satisfacción en palabras es todo lo que pudo obtener José. En tanto viva Napoleon, no habrá en España otro poder que el suyo.

José como Murat alimentaba la quimera de ganar sus súbditos por medio de la dulzura y de la afabilidad de sus procedimientos, quería escoger para ministros los hombres más estimados, quería poner fin á las costumbres de pillaje que deshonoran al ejército francés, quiere alejar de los negocios á un hombre tal como Savary, quien, según su expresión, *ha desempeñado funciones penosas*. Sus repre-

sentaciones son recibidas con desdenosa piedad como las quejas de un niño enfermo ó las visiones de una cabeza poco firme.

Pero hé aquí que la faz de las cosas va á cambiar; por lo menos él lo pronostica con toda seguridad desde Bayona. Bessieres puede al fin librar batalla á Cuesta y á Blake, esta batalla tan esperada y que ha de decidir de los destinos de España.

Tenían esos dos generales sobre las armas un ejército cerca 25.000 hombres reclutados en Galicia, Castilla la Vieja y Asturias, pero estaban divididos por sentimientos de celos y de rivalidad que perjudicaban á la unidad de mando, y sus tropas, aún cuando estaban animadas del mejor espíritu, no tenían mucha mayor experiencia de la que poseían al principiar la campaña. Bessieres no



PALAFOX



podía oponerle fuerzas mas que muy inferiores en número, pues no llegaban á la mitad, pero la composición de su ejército, formado por entero de tropas excelentes, le daban entre sí una gran ventaja.

De Burgos en donde se encontraba su cuartel general marchó Bessieres rápidamente sobre el enemigo. Encontrólo el 14 de Julio, cerca de Medina de Río seco, entre Valladolid y Benavente. Atacada con impetuosidad esta masa pesada y torpemente formada en dos líneas que no se prestaban mutuamente socorro ninguno, quedó como petrificada de sorpresa en presencia de la rapidez de los movimientos de las tropas francesas. Bessieres concentró desde luego todos sus esfuerzos sobre el cuerpo de Blake que no tardó en desbandarse. Fué solamente

cuando había ya huído, cuando las tropas regulares de Cuesta intervinieron para restablecer el combate. En su primer empuje derriban todo lo que se les pone por delante y se apoderan de una batería francesa; pero en este momento todas las fuerzas de Bessieres cargan sobre la reserva española. Cargada por nuestra caballería, pierde prontamente sus ventajas y á su vez cede. Entonces avanza toda la línea francesa á la vez obligándonos á la retirada que muy pronto se cambia en una espantosa derrota. Este era el momento de hacer lo que Napoleon llama un ejemplo, y la caballería del general Lasalle se encarga de la ejecución. Lánzase en todas direcciones detrás de esos 25.000 fugitivos locos de espanto. Cuatro ó cinco mil de ellos quedan acuchi-

llados sobre el campo de batalla. Los franceses no tuvieron más que setenta muertos y 300 heridos. La villa de Medina de Ríoseco fué inmediatamente invadida y entrada á saco.

Tan completo fué el ejemplo que ni que lo hubiese presidido Napoleon. Así considera él esta victoria como un suceso capital y decisivo; á sus ojos la revolución está desde este momento herida en el corazón. «Este suceso, escribe á José, es el más importante de la guerra de España y da un color decidido á todos los asuntos.» A Bessieres le dirige felicitaciones desmesuradas, el que de ordinario tan parco se muestra de ellas: «Jamás batalla alguna, le dice, se ha ganado en circunstancias más importantes; ella decide por sí sola los asuntos de España.» José no quería otra cosa que creerlo así, pero á despecho de esos pronósticos tranquilizadores, se ve obligado á reconocer que no ha acabado todo como él quisiera creerlo. Hizo su entrada en Burgos bajo la impresión de esta terrible victoria, pero lejos de encontrar los ánimos abatidos, leyó en todos los rostros la misma expresión de odio y de desafío que ya notó al entrar en España. «El miedo, escribe á su hermano, no me hace ver las cosas dobles..... desde que estoy en España, me digo todos los días, que mi vida es poca cosa y os la abandono... No estoy espantado de mi situación, pero es única en la historia; no tengo aquí un solo partidario.

Savary, que estaba en el centro de España, estaba aún más espantado que José de lo que veía, de lo que oía, y de las noticias alarmantes que recibía de Andalucía. En su turbación tomó sobre sí el ordenar una concentración general sobre Madrid, y escribió á Bayona, que todo estaba aún para hacer en España. Napoleon le hace en seguida intimar por Berthier la contraorden de ese movimiento retrógrado que de haberse ejecutado á tiempo hubiese salvado el cuerpo de Dupont, y lanza una censura formal sobre la apreciación tan sensata de Savary: «El emperador, encuentra, dícele Berthier, que no tenéis razón al decir que no se ha hecho nada durante seis semanas... Todos los hombres sensatos en España han cambiado de opinión y ven con la mayor pena la insurrección. Los negocios están en la más próspera situación después de la batalla de Ríoseco.» La consecuencia de esta carta es, que, en opinión de Napoleon hay que tomar de nuevo la ofensiva en todos los puntos; en fin, consiente, pero sólo el 18 de Julio, que se envíe á Dupont la división Gobert.

Savary la había hecho partir ya hacía algunos

días, pero ese socorro mismo no debía perservarnos de Bailén. Napoleon no había estado jamás más tranquilo ni más confiado en el éxito de su empresa. El 21 de Julio juzga que ya ha llegado el momento de abandonar á Bayona para hacer un viaje en las provincias del Mediodía de Francia, y antes de partir dicta una larga nota, en la cual examina á fondo todas las eventualidades de nuestra situación militar, indicando á cada general la conducta que deben seguir. Estudia en particular la posición de Dupont «á quien hay que atender con la mayor solicitud.» Elogíale «por haberse mantenido del otro lado de las montañas en la cuenca de Andalucía,» lo que acaba de demostrar que aprueba su alto en Andújar; prescribele que tome la ofensiva con sus 25.000 hombres, pues, añade, «no hay duda, que hasta con 20.000 hombres arrollará Dupont todo lo que encuentre adelante;» después de haber ordenado á Moncey que recupere á San Clemente y continúe amenazando á Valencia, á Verdier que entre á Zaragoza, á Reille que verifique su unión con Duhesme en Cataluña, resume de esta manera la situación:

«Nada hay que temer del lado del mariscal Bessieres, ni en el Norte de Castilla, ni en el reino de León; nada hay que temer en Aragón, Zaragoza caerá un día más pronto ó un día más tarde; nada hay que temer en Cataluña; nada hay que temer por las comunicaciones entre Burgos y Bayona... El único punto amenazado está del lado del general Dupont; pero con 25.000 hombres, tiene más de los que necesita para tener grandes resultados. En rigor, con 21.000 hombres solamente, tendría más de un 90 por 100 de probabilidades.»

Esta nota fué dictada en Bayona el día 21 de Julio de 1808, y en este mismo día Dupont, vencido y encerrado en Bailén, firmaba la capitulación en virtud de la cual todo su cuerpo de ejército cae prisionero de guerra. Es ahora necesario tomar las cosas de más lejos, para comprender las causas de ese memorable desastre.

Dupont atrincherado en Andújar desde el 18 de Junio, después de su evacuación de Córdoba, ocupaba sobre el Guadalquivir posiciones poco seguras. El río en verano es vadeable en varios puntos y no le ofrecía mas que una línea de defensa en cierto modo ideal. El frente de su ejército está, pues, casi en descubierto; sus espaldas no estaban mejor protegidas. La posición de Andújar se reputaba como cerrando la entrada de ese largo desfiladero de Sierra Morena, que se extiende desde Bailén á Valdepeñas, pasando por Guarraman, la Carolina,

Santa Elena y Despeñaperros; pero no llenaba del todo dicho fin, pues independientemente de la carretera que atraviesa esas localidades, existían tres ó cuatro caminos practicables para la infantería, los cuales partiendo de Mengibar, de Linares, de Baeza y de Ubeda, iban á morir no sólo en Bailén, sino en la Carolina y hasta en Despeñaperros; es decir, en los puntos más esenciales de las comunicaciones con Madrid. Si querían, pues, los franceses guardar de una manera seria ese paso de Sierra Morena, era necesario retroceder hasta la Carolina que era su llave, pues la misma posición de Bailén podía ser envuelta fácilmente. Siendo todo preferible á la defensiva en malas posiciones, todavía hubiese valido más para Dupont que pudiera atacar cuando le conviniera, sobre todo cuando hubiese recibido el refuerzo de 6.000 hombres que le llevó Vedel á últimos de Junio; pero Dupont tenía órdenes precisas de mantenerse en Andújar. Savary que tenía de los peligros que corría Dupont idea más precisa que Napoleon, quería llamarle del otro lado de los montes cuando concibió su plan, tan vivamente criticado por Napoleon, de acercarlo todo á Madrid; pero el extremo descontento que éste le manifestó por todo movimiento retrógrado le hizo aplazar su proyecto, y no se decidió á ejecutarlo sino cuando ya era demasiado tarde.

Tal era la situación de Dupont en los primeros días de Julio de 1808. Encargado de defender posiciones sin fuerza alguna, en un país mal sano y pestilento, con 18.000 soldados en su mayor parte muy jóvenes y muy poco aguerridos, que la rareza de los víveres obligaba á tener á media ración, veíase obligado á combatir el ejército más sólido y numeroso de España. Las tropas de todas clases, mandadas por Castaños, después de la fusión de las de Granada con las de Sevilla de Jaen y de Cádiz, no se elevaban á menos de 30.000 hombres, de los cuales, la mitad se componía de tropas regulares. Dupont recibió, es verdad, en 7 de Julio un refuerzo de 4 ó 5.000 hombres que le llevó el general Gobert; pero ese socorro estaba lejos de restablecer la balanza. Para guardar sus comunicaciones, siempre amenazadas por las guerrillas, estaba obligado Dupont á diseminar sus tropas de Andújar á la Carolina, teniéndolas sin cesar en movimiento. La imposible tarea que tenía que llenar podía resumirse así: con una fuerza total de 22.000 hombres, vigilar y defender sobre su frente la línea del Guadalquivir de Andújar á Ubeda, de 15 leguas de extensión; y á sus espaldas tenía que guardar un desfiladero de 20 leguas de largo.

Después de algunos movimientos indecisos, Castaños principió sus operaciones el 15 de Julio. Dos de sus generales, Reding y el marqués de Coupigny, suizo el primero, emigrado francés el segundo, tomaron posesión sobre el Guadalquivir, el primero en Mengibar, el segundo en Villanueva, amenazando los dos envolver á Andújar por Bailén, mientras que el mismo Castaños, colocado en Arjonilla amenazaba de frente al campo de Dupont. Este general tenía previsto el ataque. Había colocado en Bailén la división Vedel; delante de Mengibar, al general Liger-Belair con algunas tropas. En Andújar la acción se limitó á un cañoneo entre Castaños y Dupont; en Mengibar, Liger-Belair, rechazado por Reding, fué socorrido á tiempo por Vedel, que llegó á toda prisa de Bailén y rechazó á Reding más allá del Guadalquivir. Hasta aquí todo iba bien. Pero era evidente desde entonces que el enemigo, gracias á superioridad numérica, podía multiplicar sus demostraciones en más de un punto que los franceses no podían vigilar, pues no podían estar en todas partes, máximo cuando para guardar uno era necesario desguarnecer otro no menos esencial á su seguridad, debiendo resultar de esas idas y venidas una especie de malla extremadamente peligrosa para su seguridad.

Dupont preveyendo que el ataque iba á principiar de nuevo y algo alarmado por el número de tropas que Castaños había desplegado en la jornada del 15, mandó á Vedel la orden de que le enviase «un batallón y en el caso de que no tuviera enemigos en frente, una brigada.» Al día siguiente 16, su teniente sobrado celoso, oyendo que se renovaba el cañoneo del lado de Andújar, corrió al cañón, no con una brigada sino con su división entera, no dejando en Mengibar más que el destacamento de Liger-Belair. Esta falta fué inmediatamente espiada. Tan pronto hubo partido Vedel; Reding se presentó de nuevo en Mengibar, forzó el paso del Guadalquivir y arrojó de frente de sí á Liger-Belair que se retiró en dirección á Bailén. Esta posición estaba ocupada por el general Gobert, que se había venido la víspera desde la Carolina. Corrió al cañón para sostener á Liger-Belair, pero muere de un balazo, y el general Dufour, que tomó el mando, fué rechazado hasta Bailén. El tan importante paso de Mengibar quedaba, pues, en posesión de los españoles.

Dupont, que en un principio había aprobado el movimiento de Vedel, reconoció toda la gravedad de la falta cometida al saber la muerte de Gobert y la derrota de su división. Desde el 16 á la tarde